volveremos á verle al pié del trono del Eterno; pero en la Tierra... ¡jamás! ¿Por qué se estremece mi alma de terror ante el pensamiento consolador de encontrarle más allá del sepulcro? ¡Ay! si el juez supremo se ha dignado dirigirme una mirada de misericordia, si mi arrepentimiento me ha dado el derecho de esperar, no me es permitido esperar con alegría el feliz momento de ir á reunirme con él... La cruz está aun en pié; aun no se han levantado los sepulcros, las rocas, las montañas, que la diestra del Señor derribó cuando el corazon de Jesús cesó de latir... No, no me es permitido entregarme á la alegría.»

Así piensa Simon Pedro, y sus ojos permanecen fijos en el sepulcro de Jesús.

No lejos de allí, Magdalena está de rodillas orando. Apoyada en una de sus manos, levanta al Cielo la frente radiante de felicidad. El discípulo la ve, y le pregunta si cree todavía que Jesús ha resucitado.

Magdalena se levanta y va hácia él.

—«Acabas de verme prosternada en el lugar en que se me ha aparecido, le contesta: mi mano derecha tocaba un espino que rozó su vestidura, y mi mano izquierda se apoyaba en el polvo que sus piés han pisado.»

—«Recobra tu razon, Magdalena amada; mira la cruz donde ha muerto.»

—«¡Ha resucitado!»

—«Dí, yo te lo ruego en nombre de Dios vivo: ¿has visto á Jesús con tus propios ojos, como me estás viendo á mí en este momento?»

—«Te lo juro en nombre de Dios vivo: mis ojos han visto al Salvador, como te ven en este momento; mis oidos han oido su voz, y todas las beatitudes celestiales han inundado mi alma.»

Calla Magdalena, y Pedro tambien guarda silencio; pero muy luego le dirige de nuevo la palabra:

—«Aléjate y déjame gemir solo; pues ninguna aparicion consoladora ha venido á regocijarme á mí... No, no puedo creerte, Magdalena.»

—«Entonces no creas tampoco que le has visto en el Tabor rodeado de un esplendor sobrenatural.»

Dice, y se aleja.

Pedro la sigue con la vista.

—«¡Cuán digna de envidia es su confianza! dice para sí. Ni el sepulcro, ni sus horribles imágenes de destruccion la espantan ya, y se sonrie ante la tempestad que brama en el fondo de los sombríos valles de la muerte..... ¿Qué es, pues, lo que me impulsa á dudar de lo que dice?... ¿Por qué no habría de resucitar quien me hizo andar consigo sobre las olas del mar enfurecido (1)? ¡Oh, divino Maestro mio! tú que me sostuviste cuando la incredulidad me hundia entre las olas, sosténme en este momento en que la desesperacion me abruma. El huracan que tu voz calmó en otro tiempo (2) era menos terrible que el que agita y turba ni alma. Por

(1) Jesús hizo entrar á sus discípulos en una barquilla, y después fué á un monte á orar. Hácia la medianoche se levantó una tempestad, y de repente vieron los discípulos á Jesús, que se adelantaba hácia ellos marchando sobre las aguas. Creyendo estos que era una fantasma, comenzaron á dar gritos de terror. Pero Jesús les dijo: *Tranquilizaos: soy yo; no temais.* Pedro le rogó que le permitiera andar con él sobre las olas, y Jesús le mandó salir de la barquilla; pero como el viento era muy fuerte, tuvo miedo y comenzó á hundirse. Entonces clamó diciendo: *¡Sálvame, Señor, que perezco!* Jesús extendió la mano, y lo sostuvo diciendo: *Hombre de poca fé, ¿por qué dudas?* — *Evangelio de S. Matías, cap. XIV.*

(2) Un dia se embarcó Jesús con sus discípulos en una navecilla. De repente se levantó una gran tempestad; y teniendo miedo los discípulos, despertaron á Jesús que se habia dormido. El Salvador les reprendió por su poca fé, y luego dijo al mar: *¡Cálmate!* y al viento: *¡Cesa!* y todo quedó tranquilo. — *Márcos, cap. IV.*

la mirada de misericordia que, desde lo alto de tu cruz, te dignaste dirigir al miserable que te negó cobardemente; por tu inmenso amor, ten compasion de mí. Si es verdad que te has dejado ver de tus piadosas amigas, dígnate mostrarte á mí tambien... ¿Qué he pedido?... Un ángel, me han dicho, ha pronunciado mi nombre. ¿No es esta una gracia inapreciable? Y ¿qué he hecho yo para merecerla? Me atrevo á suplicarte, amado Maestro mio, que te dignes mostrarte á mí, cuando Lebbeo, y Santiago, y Juan, el predilecto, y la más desgraciada de las madres desean aun la misma dicha... Verdad es que Magdalena ha pecado tambien, pero entonces no te conocia; y para borrar mi culpa, ¿he amado yo como ella?»

Poseido de estos tristes pensamientos, sube lentamente al Gólgota, llega al pié de la cruz, inclina la frente, y ora.

Al levantar la cabeza, ve á Jesús, que en pié á su lado le tiende la mano.

Lleno de santo terror, Pedro no tiene fuerza bastante para levantarse; pero toma la mano del Salvador, apoya en ella su frente, y la estrecha luego contra su pecho.

La Tierra, los Cielos, todo desaparece á la vista y ante el pensamiento de Pedro, que murmura con voz sofocada:

—«¡Maestro!... ¡Señor mio!... ¡Dios de misericordia y de amor!...

Los dos ángeles custodios del discípulo ciernen su vuelo sobre el Gólgota, y dice Ithuriel á Orion:

—«Este dia, celestial hermano mio, es el más bello de nuestra inmortalidad. Los cánticos de los Cielos nos recordarán muchas veces este dia, en que el Salvador resucitado se muestra al pecador perdonado.»

Y Orion contesta:

—«Lees en mi pensamiento, Ithuriel, y yo adivino el tuyo; pero nosotros no podemos comprender toda la extension de la felicidad de Simon Pedro. Terrible es haber pecado; pero ¿cuál es el serafin cuya intuicion podria medir la inefable alegría del discípulo, que lee su perdon en la mirada misma del Maestro que acaba de triunfar de la muerte?»

Y los dos inmortales repiten á la vez:

—«Sí, es inconmensurable la beatitud del pecador rescatado por la grande obra de la redencion.»

El Mesías abandona el monte, y desaparece en medio de las sombras que proyectan las rocas de los sepulcros.

Pedro, que le ha seguido con la vista, levanta los brazos al Cielo y exclama:

—«¡Gracias, Hijo de Dios, divino Resucitado, gracias mil te sean dadas! Los consuelos que has derramado en mi alma superan á todo cuanto yo hubiera podido desear. Yo he expiado mi crímen con horrorosos tormentos; pero al fin lo cometí, y sin embargo te has dignado aparecerte á mis ojos: sí, mis ojos te han visto vivo y rodeado de una auréola celestial. ¡Fuente de esperanza y de amor, que acabas de brotar en mi alma, no le agotes jamás. Sí, ya me atrevo á esperarlo todo... Hijo del Eterno, acabarás la obra de tu misericordia, haciéndome comprender el misterio de tu muerte. Las legiones de bienaventurados, de querubines y arcángeles, que rodean el trono de Jehová, no recibieron jamás de su Señor tantos beneficios como yo me atrevo á esperar de tí... ¡Ha resucitado el Mesías! ¡Jesús ha resucitado! Hijos de la luz, ¡que vuestros cantos de triunfo lo anuncien á los Cielos reunidos, y lleguen tambien al trono del Eterno!»

Calla, y queda abismado en un santo éxtasis. Mas luego se levanta de pronto, y se dirige apresuradamente á la

vivienda de Juan, donde habian quedado los fieles indecisos entre la duda y la esperanza, y entra en la estancia con las manos juntas y los ojos animados de una piadosa exaltacion.

—«¡Gloria, honor y gratitud al Hijo del Eterno! exclama: su amor divino nos sostendrá en la vida y en la muerte. Ha resucitado; yo tambien le he visto, en pié junto á la cruz: mis ojos mortales han contemplado su divino semblante.»

Mudos de sorpresa, los fieles se arrojan en brazos de este nuevo testigo de la resurreccion. La madre de Jesús ase la mano derecha de Pedro, y se la estrecha en silencio; Magdalena le estrecha la izquierda, y le dice con dulce sonrisa:

—«Ahora comprenderás mi felicidad, puesto que tú tambien le has visto.»

—«¡Tú has visto á mi hijo! añade María: ¡al Hijo del Eterno!»

Lebbeo se acerca lentamente á la madre de Jesús, y le dice con voz trémula:

—«No es ya el dolor, es la alegría lo que me obliga á dudar aun. ¡Ah! *Él*, cuya sangre he visto yo correr, ¿ha resucitado efectivamente?»

Dice, y se inclina sobre el pecho de Juan.

El discípulo amado le estrecha contra su corazon, y murmura en voz baja:

—«Sí, ha resucitado.»

Luego se desprende de los brazos de Lebbeo, se acerca á María, y le dirige estas solemnes palabras:

—«Noble madre del divino Salvador, abre al fin tu alma á la esperanza. Una espada de siete cortes traspasó esa alma tan bella. ¡Que todas las alegrías celestiales la inunden ahora, porque Jesús ha resucitado!.... ¡Divino Salvador!

¡Oh! sí, yo creo en tu resurreccion, y me atrevo á esperar la dicha de verte: la mirada que al expirar en la cruz me dirigiste, así me lo prometió.»

Bartolomé ase la mano de Simon Pedro, y le pregunta con el acento de la más dulce tristeza:

—«¿No es verdad, hermano mio, que mi cabeza encanecida por los años no reposará en la piedra del sepulcro antes de haber visto á nuestro divino Maestro?»

Y Pedro contesta con la seguridad de una fé inquebrantable:

—«Sí, le verás: el Maestro tendrá piedad de todos nosotros.»

Semejante á una sombría nube que se forma espontáneamente en un cielo sereno, Tomás aparece de repente en medio de los fieles.

—«¡Y tú tambien, Pedro, le dice, tú tambien te imaginas haberle visto!... ¡Ah! si me fuera dado creer un imposible, daria fé á tus palabras.»

—«Desecha tus crueles dudas, hermano mio, y participa de nuestra felicidad, responde Pedro. El Señor ha resucitado; ha despertado del sueño de la muerte; se ha dignado aparecerse á nuestros ojos mortales, y tendrá misericordia de todos nosotros.»

La madre de Jesús se prosterna en medio de la estancia, levanta las manos al Cielo, y ora diciendo:

—«¡Mi alma glorifica al Eterno; mi corazon se regocija en tí, Dios y Salvador mio! Desde lo alto de tu cruz has visto las lágrimas de tu madre, las has contado, y las generaciones futuras celebrarán las beatitudes que has hecho descender sobre mí. Tú eres más fuerte que la muerte; todas tus acciones son grandes y maravillosas; tu nombre es sagrado, tu misericordia infinita, tu brazo omnipotente:

tú derribas á los orgullosos sedientos de sangre, precipitas á los soberbios monarcas de sus tronos, ensalzas á los humildes, y refrigeras á los que tienen sed de salvacion; pero dejas que se sequen los corazones altaneros que creen bastarse á sí mismos. Consuelas á los que te aman, como se lo prometiste á Abraham, y eres fiel al juramento de amor y misericordia. ¡Honor, gloria y gratitud á Jesús resucitado, al Mesías vencedor de la muerte!»

Durante esta fervorosa plegaria, Tomás ha subido á la azotea de la casa, y los fieles le han seguido sucesivamente, á fin de reanimar sus fuerzas respirando el aire fresco de la mañana, y de elevar sus almas contemplando el imponente espectáculo del nacimiento de un nuevo dia.

La presencia de estos saca al infortunado Dídimo de las sombrías meditaciones que lo absorben; y al hacer un movimiento para alejarse, Pedro se interpone y lo detiene.

—«¡Oh, amado hermano mio! le dice: no huyas de nosotros. Yo tambien he dudado: el Señor tendrá piedad de tí, como la ha tenido de mí; de mí, que lo negué. Mira, añade indicándole con la mano una de las sendas que atraviesan la comarca. ¿Quiénes son aquellos dos hombres que aparecen á lo lejos? Si la vista no me engaña, son Mateo y Cleofás. Amados amigos, ¿por qué no estais ya con nosotros para participar de nuestra dicha. Un desconocido sale de la sombra de un bosquecillo, y se les acerca... les habla... ¡Qué aire tan imponente y noble! ¿Le conoces tú, Dídimo?»

—«No; pero nunca he visto tanta majestad, unida á tanta dulzura.»

Y Pedro añade:

—«Regocijaos, amigos mios: los rodeos de la senda que siguen los acercan á nosotros... ¡Ah! muy luego aquel grupo de palmeras los ocultará á nuestra vista... Mirad, mirad

por última vez al noble desconocido... ¡Con qué dulce dignidad escucha á nuestros compañeros, que sin duda le hablan de la muerte del Salvador, cuya resurreccion ignoran todavia. ¿No pudiera ser uno de los ángeles que nuestras piadosas amigas han visto cerca del sepulcro?»

—¡Cuán pronto te dejas llevar de seductoras ilusiones! exclama Tomás. El aspecto de ese desconocido te agrada y encanta, y ya ves en él algo más que un simple mortal.»

—«Te compadezco, querido Dídimo, contesta Pedro; porque yo como tú ignoraba los inefables goces de la esperanza, cuando de repente le vieron mis ojos en pié y vivo junto á su cruz. Te lo repito, el Maestro tendrá misericordia de tí.»

—«Sí, dice Tomás suspirando: Dios tendrá piedad de mí; pero Jesús... Jesús ha sufrido lo que sufren todos los profetas, pues ha muerto como ellos.»

En vano se esfuerza Pedro en consolarlo, repitiéndole que el Mesías ha resucitado: el discípulo incrédulo permanece sombrío y pensativo.

Saliendo por las puertas de Salem, Mateo y Cleofás se habian comunicado sus pensamientos. Cleofás dirigió primero la palabra á su amigo:

—«Amado Mateo, le dijo: no nos es dado ya dudar: impelidos por su ódio feroz, los sacerdotes han de haber sobornado al capitan romano para que les entregue el cuerpo del Maestro divino. ¡Ah! en este momento, el polvo maldito del Gólgota cubre sin duda sus sagrados restos.»

Y Mateo contesta:

—«Piensa en los ángeles que nuestras amigas han visto cerca del sepulcro. Tú crees que el dolor habia turbado sus ojos; pero el dolor solo engendra visiones tristes y amenazadoras. El dolor hubiera podido hacerles creer en la apa-

ricion de Judas Iscariote, pero no en la de los ángeles consoladores.»

Estas palabras hacen pensar á Cleofás, que después de un breve silencio, pregunta á su amigo por qué no se digna Jesús aparecérseles.

—«Y ¿qué hemos hecho nosotros para merecer esa gracia? responde Mateo. Nosotros lo hemos dejado prender en el valle de Gethsemaní; nosotros nos hemos limitado á gemir en secreto, mientras que jueces indignos de este nombre pronunciaban su sentencia de muerte; nosotros no nos hemos atrevido siquiera á acercarnos á la cruz, en que sus verdugos lo enclavaron... No pongamos, pues, el colmo á nuestras faltas con dudas impías.»

—«Envidio tu felicidad, amado Mateo, si en efecto crees que ha salido triunfante del sepulcro.»

—«Jamás te he ocultado ninguno de mis pensamientos, responde Mateo. Escucha la confesion que te voy á hacer. Cuando medito con calma en esta maravillosa resurreccion, ¡oh! entonces sí creo; pero cuando la esperanza de volver á ver á nuestro divino Maestro, y el temor de que esta esperanza sea una ilusion agitan á la vez mi alma, entonces dudo... Solamente su vista podrá poner término á mis angustias.»

—«Tus deseos se elevan demasiado alto. El consuelo que pides, sólo en la eternidad lo encontraremos: esperarlo en esta vida de pruebas seria una temeridad.»

Durante esta piadoso coloquio, los dos discípulos llegan á la márgen de un bosque, donde el desconocido los alcanza, preguntándoles adónde dirigen sus pasos, y por qué tienen tan profunda tristeza.

Cleofás contesta al punto, que se dirigen á Emaus (1), y

(1) Suburbio de Jerusalem, de que se habla con frecuencia en los Evangelios.

que deploran la desgracia que acaba de ocurrir en Jerusalem.

Creyendo leer en el semblante del desconocido que ignora esta desgracia, se la refieren minuciosamente, y él los oye en silencio.

—«Ya lo veo, dice Cleofás: tú vienes de alguna comarca lejana, donde no has oido pronunciar el nombre de Jesús de Nazareth, del profeta del Eterno, que se ha anunciado con milagros. Nosotros mirábamos en él al Mesías prometido, al Salvador del pueblo de Israel. Ya es hoy el tercer dia desde que murió en la cruz, y con él nuestras más caras esperanzas.»

Mateo toma la palabra á su vez, y repite al forastero las maravillosas narraciones de las santas mujeres que visitaron primero el sepulcro.

En este momento llegan los tres al grupo de palmeras, que los sustrae á la vista de los fieles reunidos en la azotea de la casa de Juan.

El desconocido se detiene, dirige á sus dos compañeros miradas que imponen respeto y obediencia, y pronuncia estas palabras, semejantes á un eco del Cielo:

—«¿Hasta cuándo se resistirán á creer vuestros corazones endurecidos lo que fué anunciado por los profetas? ¿No está escrito que el Mesías debe consumar su obra con padecimientos crueles, y que no recobrará toda su gloria hasta haber sucumbido á la muerte?»

Y sin fijar su atencion en la sorpresa de los dos discípulos, continúa explicándoles los pasajes de los profetas, que anuncian al género humano un Salvador, cuyo voluntario sacrificio ha de borrar el anatema que pesa sobre él desde la caida del primer hombre.

Cuando la tempestad llega, retiene al principio su aliento,

y pasa murmurando á través de los espesos bosques; los valles están silenciosos aun, y las nubes que flotan en el aire pasan por delante del Sol sin detenerse; pero de repente los árboles se agitan y se inclinan bajo el soplo impetuoso que los trabaja; el Cielo se abre, y vomita fuego y torrentes de agua; una voz poderosa despierta los ecos de las montañas; el huracan reina y manda como señor. De este modo, la elocuencia del noble desconocido, grave y tranquila al principio como la verdad, comienza por apoderarse del pensamiento de los dos discípulos; después despliega todo su poderío, y rasga con palabras fulgurantes el velo sublime que cubre el misterio de la redencion.

Iluminados, pero casi exánimes, los discípulos suplican al divino orador que se digne considerar sus pocas fuerzas.

—«Cualquiera que seas, dice Mateo, nos penetras de respeto y terror. Acaba de instruirnos, pero concédenos algunos momentos de reposo: nuestro pensamiento no puede seguir el fogoso vuelo del tuyo, y nos faltan las fuerzas para tenernos en pié.»

El desconocido les hace sentarse á orillas de la fuente que brota á la sombra de las palmeras, se coloca en frente de ellos, y les recuerda con dulce sencillez las numerosas pruebas que Jesús les ha dado de su amor sin límites á todo el linaje humano.

Estas conmovedoras palabras producen en los dos fieles el efecto de la brisa embalsamada, cuando pasa por la tierra después de un largo dia de Verano.

El desconocido les pregunta si se sienten en efecto penetrados de un amor sincero y profundo hácia su Maestro; y los dos contestan á la vez.

—«Siempre le hemos amado de esa manera; y sin embargo, lo hemos abandonado cuando lo arrastraban al suplicio.»

—«Ahora que sabeis que ha muerto por vosotros, añade el desconocido, ¿podríais, si él lo exigiera, hacerle el sacrificio de vuestra vida?»

—«Así lo creemos, contesta Mateo; pero ¿qué es nuestra voluntad, si su misericordia no nos da fuerzas para cumplirlo?... Perdona si me atrevo á interrogarte; pero no puedo resistir al deseo de dirigirte esta última pregunta: Tú, que sabes todo lo que concierne á nuestro divino Maestro, ¿podrás decirnos si es cierto que ha resucitado, y si se dignará aparecérsenos?»

—«Los hermanos de José hablaron largo tiempo con él sin conocerle; pero la hora de la reconciliacion sonó. José no pudo ya contenerse, y rompiendo en sollozos, exclamó: ¡Yo soy!»

Dice, se levanta y se aleja.

No sabiendo qué pensar del desconocido, Cleofás y Mateo le siguen apresuradamente.

—«No es *Él*, se dicen en voz baja: no, es imposible. ¿Pues quién será? Quizá sea un ángel...»

Y acelerando el paso, le alcanzan muy en breve.

—«Tú, á quien no conocemos, dice Cleofás, y á quien veneramos sin embargo con todo el respeto de nuestro corazon, ¿quién eres? ¿Nos seria permitido abrazarte antes de separarnos acaso para siempre?»

El desconocido les abre los brazos.

Los dos discípulos se precipitan en ellos con efusion, y lloran largo tiempo apoyados en su pecho.

Después continuan su camino los tres en silencio.

Al llegar á la entrada de Emaus, el desconocido se detiene.

—«Separémonos, dice: voy á reunirme con los mios.»

Cleofás y Mateo le suplican que no los deje tan pronto.

—«Mira, le dicen: ya el Sol desciende hácia las montañas de la Arabia; muy pronto vendrá la noche, y debes de estar fatigado.»

—«Los mios me esperan con impaciencia,» contesta el desconocido.

—«Nosotros te amamos tanto como ellos, replica Mateo; ya los verás. No te expongas á viajar durante las tinieblas. Y además..... ve que tenemos necesidad de oirte hablar de Jesús.»

—«Pues bien, hermanos, no os dejaré todavía.»

Cleofás le da las gracias con una mirada de júbilo, y se adelanta.

Y Mateo dice al desconocido:

—«Mi amigo habita la humilde cabaña que ves en medio de aquellos árboles, y se adelanta á fin de preparar la comida más espléndida que le sea posible ofrecerte. ¡Cuán dulce y tranquila será para nosotros esta noche, después de tantos dias tristes y tormentosos! Y á tí te deberemos este consuelo, pues te dignas reposar bajo el humilde techo del pobre. Cuando nuestro divino Maestro vivia aun, era, como tú, el amigo del pobre, y como tú gustaba de detenerse en las cabañas, donde derramaba á manos llenas consuelos y enseñanza. ¡Ah! Las causas de su abatimiento en la Tierra, que tú has procurado hacernos comprender, me parecen más maravillosas que ese mismo abatimiento. Pero así debian realizarse los decretos de la Providencia. ¡Que no pueda yo pasar mi vida contigo! Tú me enseñarias á glorificar dignamente al divino Redentor, muerto por borrar nuestros pecados.»

Arrodillado á la orilla de un arroyo que atraviesa su huerto, Cleofás saca agua en una vasija de barro, y la pone á su lado para lavar las yerbas aromáticas que acaba de

coger. Bajo sus manos trémulas de felicidad, la mayor parte de estas yerbas se convierten en flores, que se le escapan y se balancean muellemente sobre la blanca espuma de la corriente.

Este fenómeno habria llamado su atencion, si en aquel momento no hubiera visto á sus dos huéspedes entrar en el huerto. Al verlos, se levanta vivamente, toma la vasija llena de agua, echa en ella las yerbas aromáticas, y hace entrar al desconocido y á Mateo en su cabaña, donde tenia ya preparada la frugal comida, que queria ofrecerles.

Esta comida se compone de leche, miel, higos, pan blanco y una ánfora de vino.

Siéntanse los tres en esteras extendidas al rededor de la mesa, ocupando el forastero el lugar de preferencia.

Después de un breve silencio, toma este el pan, lo bendice y lo distribuye de un modo solemne, levantando al Cielo los ojos con expresion de gratitud.

Los discípulos permanecen mudos de admiracion y sorpresa, porque así presidia la mesa Jesús.

El desconocido los mira con dulce sonrisa, y pronuncia estas piadosas palabras:

—«Gracias te damos, Padre celestial, por los dones que nos concedes para sostener nuestro mezquino cuerpo mortal. Los humildes frutos de la Tierra son obra tuya, como las innumerables estrellas que brillan en la inmensidad de los Cielos: todo en la creacion atestigua tu poder y tu bondad infinita.»

Con esta misma oracion iniciaba Jesús siempre las comidas que hacia con los suyos.

Al pronunciarla, el desconocido tenia la voz y la expresion del Mesías, y los dos discípulos reconocen en él á su Maestro divino.